

La lógica no solamente es importante como auxiliadora de las otras ciencias, sino que también tiene una importante aplicación en todas las circunstancias y en todos los actos de la vida. Esclarecida esta ciencia por el rayo de luz de la verdad, nos alumbra los lejanos horizontes del porvenir. Por consiguiente, siendo el estudio de la lógica tan interesante para poder juzgar y apreciar lo resuelto por los demás, muy provechoso será su estudio. He tratado de dar una idea general de una de sus partes, el método deductivo, indicando el valor que tiene en lógica y el oficio que desempeña en la práctica.

En el espíritu humano se agita sin cesar el vehemente deseo de investigar las grandes bellezas de la creación, y la multitud de fenómenos producidos á nuestra vista; siempre sucederá que apoyándose en la inducción, que es uno de los factores que ha concurrido á grandes descubrimientos, y siguiendo de deducción en deducción, se extenderán cada día más los vastos horizontes del saber humano.

Quisiera en el desarrollo de mi tema haber expresado mis pobres ideas con un estilo florido y elegante; pero ya que así no lo hiciera, no me culpéis á mí sino á mi escasa inteligencia.

JOSEFINA OCHOA.

---

## VIAJE DE ITALIA A LA TIERRA SANTA.

---

SEÑORITA DIRECTORA. SEÑORES. COMPAÑERAS:

Imaginad un bosque virgen que apenas ha hollado la planta humana. El clima del lugar es cálido y el sol capaz de calcinar los huesos. Gigantescos árboles forman una barrera impenetrable á la vista más perspicaz y las plantas de variadas especies, confundándose con arbustos exuberantes y floridas enredaderas, convidan á descansar bajo su sombra. En medio de la espesura, abriéndose paso entre los matorrales y acariciado por lirios, azucenas y rosas, corre murmurando un cristalino arroyo cuya presencia aviva la sed; mas para que nada falte á ese conjunto armonioso de la selva virgen, vienen á aumentar sus encantos, festivos pajarillos y pintadas mariposas.

Olvidad por un momento lo que acabo de deciros y fijad vuestra atención en un arrogante buque que rápido cruza las azuladas aguas del Océano. Lleva muchos pasajeros y ahí vais vosotros; estáis en alta mar; el astro rey parece hundirse bajo las inmensas ondas del mar y la poética luz del crepúsculo se difunde sobre el horizonte. Extasiados, contempláis la preciosa transición del día á la noche y no encontráis frases para expresar lo que sentís al observar tan magnífico cuadro: enmudecéis y vuestra mente, atónita, cree que es una quimera, un sueño encantador lo que contempla.

¿Cómo gozar del espectáculo tan grandioso que causa vuestra justa admiración? ¿Cómo adquirir una idea, por débil que sea, de la selva virgen? y ¿cómo, en fin, adquirir una noción de lo desconocido é ignorado?

Viajad, me contestaréis. Sí, por eso entusiasmada voy á emprender un viaje de recreo á lejanas tierras: cruzaré mares, veré bosques, admiraré preciosas ciudades y contemplaré las maravillas que encierran.

Mas no iré sola, vosotros os dignaréis acompañarme en la excursión que deseo llevar á cabo. No temáis que deshecha tempestad ó descarrilamiento alguno corte el hilo de vuestra existencia, ni que tropecemos con obstáculos que nos hagan retroceder; tampoco será largo el tiempo de nuestro viaje, porque aun cuando vamos á la Palestina, el vehículo que servirá para transportarnos á ese lugar es más veloz que la electricidad y que la luz, es nuestro pensamiento, que ayudado de la imaginación nos conducirá rápidamente á ese lugar, cuna de tantos acontecimientos que el mundo admira.

Me disculparéis si en este viaje extravió alguna senda y si me dirijo por camino torcido y os conduzco por vías extraviadas, obtendré el perdón de vuestros nobles corazones, porque consideraréis que mi anhelo por ver nuevos países, el afán de instruirme viajando en vuestra amable compañía me han obligado á un trabajo que excede á lo que puede esperarse de mi escasa inteligencia y de mis rudimentarios conocimientos.

El viaje que vamos á emprender es de Italia á la Palestina.

\* \* \*

Nos encontramos en la hermosa península Itálica, en este bello país que parece negligentemente reclinado en el regazo del Austria y de la Suiza, sirviéndole de lecho las aguas del Tirreno, del Jónico y del Adriático, cuyas ondas, formando copos de blanca y dorada espuma, van á morir besando las costas de la nación que en un tiempo fué dueña de todo el orbe.

Esta nación, que hoy sólo revela su pasado por los monumentos magníficos que guarda en su seno, es la cuna de todas las naciones neolatinas. En la antigüedad, bajo el dominio de los Césares, adquirió todo su esplendor y el Imperio Romano llegó por la conquista de varios de sus emperadores y capitanes, y sobre todo, por las de Julio César y Octavio Augusto, á tener bajo su dominio todo el mundo conocido, que era las Galias, Hispania, la Iliria, la Tracia, el Asia Menor, la Libia, el Egipto, la Numidia, la Mauritania y la Italia llamada por los griegos Hesperia.

Un poco más tarde, á la muerte de Constantino, este grande imperio se dividió en dos: el de Occidente y el de Oriente. El de Occidente, cuya capital era Roma, cayó durante el reinado de Rómulo Augústulo á los rudos golpes de la invasión de los bárbaros al principiar la Edad Media, desmembrándose por completo para formar las diversas naciones que hoy constituyen la Europa; y el de Oriente, cuya capital era Constantinopla quedó, al terminar la Edad Media, en poder de los turcos, quienes lo conservan en parte hasta nuestros días.

Después que las invasiones de los bárbaros cesaron, comenzaron poco á poco á formarse en Italia pequeñas naciones con los nombres de Condados, Ducados y Repúblicas, durando así toda la Edad Media y parte de la Edad Moderna, hasta el presente siglo, en que el rey de Cerdeña, Víctor Manuel, se propuso unificar la nación itálica, llevando á cabo su proyecto y siendo el primer rey de la Italia contemporánea.

De las antiguas repúblicas de Italia, una de las más notables fué la soberbia Génova, así llamada por la magnificencia de sus palacios; era esta república una de las primeras potencias marítimas y rival, por esta causa, de la perla del Adriático, de la opulenta Venecia. Hoy es uno de los primeros puertos del Mediterráneo, capital de la Liguria, cuyo puerto es el punto de partida de nuestro viaje á la Tierra Santa.

En ésta, como en todas las poblaciones de la Italia, son tantos los monumentos que se levantan y tan grandiosos los pa-

lacios, muy notables por sus obras de arte, que es imposible hasta enumerarlos y detenerse en su descripción. Entre los palacios más suntuosos y que llaman nuestra atención podemos citar: el de Andrés Doria, el de Palavichini, en el que se encuentra una sala cuyo pavimento está formado por monedas de uno á veinte pesos, el Palacio Ducal, residencia antigua de los Duques de Génova y el Palacio Real; en todos estos edificios existen hermosas galerías de pintura, con lienzos hábilmente ejecutados por los primeros pinceles italianos.

De los templos más hermosos que hemos visto son: la Catedral de San Lorenzo que ostenta en la portada un bajo relieve, el cual representa el martirio de este santo; la iglesia de la Annonziata y la de Nuestra Señora de las Viñas, hermosísima á causa de que su nave principal se halla sostenida por columnas monolíticas de precioso mármol.

En Génova también encontramos bonitos paseos, siendo el principal el de Agua Sola, y extensas plazas, en una de las cuales se eleva la majestuosa y soberbia estatua de Cristóbal Colón. Al admirar una obra de arte levantada á tan grande hombre, nos viene á la memoria el descubrimiento del Nuevo Mundo, llevado á cabo por el inmortal marino genovés.

Abandonando Génova y pasando por Turín, hermosa capital del antiguo reino de Cerdeña, por la poética é histórica ciudad de Milán y por la importantísima ciudad de Florencia, cuna de los Médicis, sin detenernos en ninguna de estas notables poblaciones, obligados por la rapidez de nuestro viaje, llegamos á la ciudad de las siete colinas, la bella y codiciada Roma, capital del reino Itálico. Esta ciudad, fundada por Rómulo y destruída en tiempo de otro Rómulo, ha sido sin disputa la ciudad que más brillo ha tenido en la historia y en donde, gracias al refinamiento de las costumbres y del gusto, han llegado á su apogeo todas las artes, cuyo ideal es la belleza; por eso aún se admiran los monumentos levantados hace siglos, por eso al visitar Roma el ánimo se dispone á contemplar artísticos prodigios, al parecer de ejecución imposible y que se toman como modelos.

Roma en la antigüedad fué omnipotente, en la Edad Media, aunque sin poder temporal, dominadora del mundo, porque en aquella época precedían á las acciones de todo caballero las palabras, mi Dios, y residiendo el príncipe del poder espiritual en Roma, hubo de ser una ciudad admirada y respetada, y por último, hoy en la Edad Moderna, Roma sigue siendo la hermosa ninfa del Mediterráneo y el centro del mundo católico como residencia del Sumo Pontífice.

Se encuentra situada esta ciudad sobre siete colinas y el río Tíber la recorre de Norte á Sur por su extremo Oeste, comunicándose con el resto de la población por cuatro puentes, siendo el más notable el de Santo Angelo. Quince puertas dan entrada á Roma y de éstas la más notable es la del Pueblo, en cuya plaza se admira el obelisco egipcio traído de Heliópolis por Augusto.

En la ciudad eterna, en la ciudad de los césares todo asombra, sus numerosos y modernos edificios de la mayor magnificencia, así como los restos de sus antiguos monumentos, única herencia de sus días de esplendor, recuerdos históricos y hermosas obras de arte á la vez.

Entre los monumentos antiguos de Roma mencionaremos el Panteón de Agripa, el monumento más hermoso de la antigua Roma, el Coliseo, las Catacumbas, refugio y sepulcro de los primeros cristianos, el Arco de Constantino y otros. En la Roma moderna son incontables los objetos y monumentos de importancia que encierra, entre los cuales visitamos la Basílica de San Pedro; este monumento bello y majestuoso se levanta al frente de la plaza del mismo nombre, la cual se halla adornada con dos series de galerías semicirculares que forman el gran pórtico del templo.

En el centro de las dos galerías sostenidas por 284 columnas dóricas se levanta un soberbio obelisco de granito y á los lados de éste dos fuentes monumentales. Contigua á esta Basílica se encuentra el Palacio del Vaticano, residencia del Papa. En este extenso Palacio todo es para nosotros grandioso,

llamándonos especialmente la atención la preciosa capilla Sixtina decorada con magníficos cuadros debidos al pincel de Miguel Angel y en la que sobresale la obra maestra de este insigne pintor, el *Juicio final*.

También nos parece digna de ser visitada la Basílica de San Juan de Letrán, como el primero y principal templo de Roma y del catolicismo.

Tratar de describir uno á uno los grandiosos monumentos que se encuentran en la ciudad, sería llenar volúmenes enteros, por eso nos hemos concretado con dar á conocer á grandes rasgos lo principal entre lo importante, para no hacer penoso y dilatado nuestro viaje, el que proseguiremos zarpando del puerto de Ostia hasta llegar á la bella y populosa Nápoles. Situada esta ciudad en la poética bahía de su nombre, teniendo como vecino demasiado temible, á poco más de tres leguas el volcán del Vesubio, á cuyas inmediaciones se ven las ruinas de Herculano y Pompeya, antiguas ciudades sepultadas bajo las cenizas y lavas de este tremendo volcán.

Haciéndonos á la vela en Nápoles, cruzamos el estrecho de Messina pasando frente al célebre remolino de Caribdis, que nos recuerda la antigua tradición mitológica del hurto de los bueyes de Júpiter y el castigo á Caribdis precipitándola al mar bajo la forma de espantoso remolino, muy peligroso para los navegantes. Nuestro barco pasa con felicidad este estrecho y sigue su camino jugueteando con las ondas del mar Jónico hasta llegar al golfo de Lepanto, cuyas aguas se vieron teñidas de púrpura por la sangre de turcos y cristianos en la famosa batalla de Lepanto, entre el mundo católico al mando de Don Juan de Austria y los musulmanes. Dirigiéndonos de allí al grupo de las Cyclades, vamos á la isla de Antiparos, célebre por su famosa gruta de estalagmitas y estalactitas. Vamos á visitarla, entremos á ella: murmullos de admiración se oyen entre todos vosotros, porque cuando se contempla una obra tan maravillosa de la naturaleza, no podemos menos que admirar al Arquitecto que la ha edificado, á la mano maestra del

Creador, que así como de la nada hizo surgir el universo, aquí, en esta maravilla que admiramos, hace que el agua filtrándose á través del suelo forme preciosas columnas y fantásticas figuras que pueden competir con las hermosas galerías de un antiguo templo griego.

Dejando esta hermosa isla, llegamos á la capital de los antiguos helenos, á la patria de los sabios más eminentes de la antigüedad, á la histórica Atenas.

Grecia fué la única nación que en los tiempos antiguos pudo rivalizar con Roma, y de ella fué de quien tomó el imperio romano todo lo que de bello y artístico tuvo.

Los griegos, como una nación privilegiada de esa época, cultivaron las ciencias exactas sin entregarse al lujo y á los vicios de los romanos, llegando por esa causa á adquirir cierta preponderancia, siendo sobre todo magníficos guerreros y patriotas abnegados.

Las ciudades principales de la antigua Grecia fueron Esparta y Atenas; la primera perdió su poderío y la última es hoy la capital de la Grecia. Las ruinas de esta ciudad en que nos hallamos y la memoria de sus grandes hombres, cuyas obras maestras serán siempre respetadas y admiradas por todos aquellos amantes de lo grande y de lo bello, son el único, pero rico legado de sus tiempos de felicidad y esplendor.

Dando un adiós á Atenas y llevando gratos recuerdos de esa histórica población nos embarcamos, y cruzando con dirección al Sur el mar Mediterráneo llegamos á las costas de la Turquía Asiática, que se divide en cuatro grandes partes: Asia menor ó Anatolia, Armenia, Mesopotania y Siria. En las costas de esta última división se encontraba la antigua Fenicia, célebre por su comercio y cuya principal Ciudad era Tyro, cuna del primer pueblo navegante de esa época y en cuyo punto hacemos escala para anclar después en Jaffa, importantísimo puerto de la Palestina, en cuya estación esperaremos el ferrocarril que ha de conducirnos á la antigua Hierosolyma, capital de la Judea.

Nuestras plantas han pisado con veneración la tierra prometida, la nación de los Hebreos.

Hallábase dividida antiguamente en cuatro países, en los que se encontraban distribuidas las doce Tribus de Israel; limitábanla por el Norte y Este la Siria, por el Oeste el mar Interior y por el Sur la Arabia Petrea. Las hermosas cordilleras del Líbano y Antilíbano la recorren de Norte á Sur, hallándose fertilizado su suelo por las aguas del Jordán. Esta nación fué la más poderosa del Asia en los primitivos tiempos, y la Judea, más tarde, el teatro del sangriento drama que tuvo su principio en el modesto pueblo de Belem y su trágico desenlace en la cumbre del Monte Calvario, haciendo de la cruz, signo hasta entonces de ignominia, el lábaro sagrado, la insignia respetada y bendecida por todo el mundo cristiano.

Partiendo de Jaffa con el corazón palpitante de impaciencia por llegar á Jerusalem cruzamos rápidamente hermosos jardines, pasamos caminos en parte ásperos y rocallosos y en parte sembrados de corpulentos olivos, acortamos cada vez más la distancia, hasta que repentinamente aparece á nuestra vista la Ciudad de los Profetas, rodeada de un anfiteatro de eminencias rocallosas, entre las que se distingue al Oeste la triste y sombría montaña del Calvario y más allá el monte de los Olivos.

Nos encontramos ya en el punto en que debemos terminar nuestra excursión. ¡Mirad qué aspecto tan triste y melancólico nos presenta esta Ciudad! Al visitar á Jerusalem, llegamos ya con el ánimo prevenido de que no hemos de hallar una Ciudad hermosa, y sí, tan sólo, las más sagradas reliquias y los más tiernos recuerdos, pues lo único que atrae nuestra atención es la Iglesia del Santo Sepulcro mandada construir por la Emperatriz Elena, madre de Constantino. Es un vasto edificio de arquitectura bastante severa y en su centro se eleva una capilla de mármol coronada de una cúpula que reposa sobre columnas y que cubre el Santo Sepulcro. Reliquia preciosísima que fué el origen de las cruzadas que durante la Edad Media se verificaron con el fin de rescatarlo del poder de los infieles; pero estos grandes movimientos no alcanzaron su objeto y el Santo Sepulcro quedó, como veis, en poder de los Turcos.

\*  
\* \*

Nuestro viaje ha terminado; he procurado á grandes rasgos describiros todas las maravillas que juntos hemos visto; si no he sido extensa en mis explicaciones culpado al tiempo que veloz corre sin que podamos detenerle, y si habéis encontrado algún placer en este viaje, habré visto cumplidos mis más vehementes deseos y os suplico me ayudéis á poner las primicias de mi débil inteligencia á los pies del altar de mi amada Patria, como un sencillo holocausto que le ofrece mi corazón.

Junio 3 de 1893.

MANUELA ARCE.